

la consecuencia forzosa de aquella situación, marchó á Cartago á establecer la nueva colonia.—Livio Drusso ganó terreno entretanto y llegó á hacer desparecer temporalmente la rivalidad entre el pueblo y el Senado, proponiendo medidas sobre colonización y propiedad de los terrenos repartidos, eminentemente populares.

Cayo volvió á Roma á defender su obra; fué á vivir en el Palatino, el cuartel general de las insurrecciones populares, llamó en su auxilio á los latinos pero el nuevo cónsul Opimius, enemigo personal de Cayo los expulsó de la ciudad. El combate estalló con motivo de una investigación ordenada sobre la colonización de Cartago, obra tenida por sacrilega por los nobles. Graco marchó con todos sus partidarios, entre los que había muchos extranjeros, á defender la ley que creó la colonia.—Con cualquier pretexto se trabó la batalla. Los partidarios de Graco, gracias á las vacilaciones de su caudillo perdieron el tiempo en esfuerzos inútiles y á pesar de la heroica abnegación de algunos, Cayo se vió precisado á darse ó á hacerse dar la muerte por un esclavo.

La reacción fué terrible; las persecuciones contra los enemigos del tribuno fueron numerosas, la obra de colonización atacada y destruida en germen. Verdad es que el proletariado quedó en pie, así como las distribuciones al pueblo (*annonæ*), y otras muchas de las disposiciones tomadas por los Gracos. Pero de hecho el Senado recobró todo su imperio, volvió á desaparecer en los campos la clase de los propietarios pequeños, tornaron á estallar por donde quiera las insurrecciones de esclavos, y como los piratas inundaban el Mediterráneo, teniendo su principal refugio en Kilikia, esta comarca fué reducida á provincia romana.—Tras el

triunfo del Senado, se veía, como consecuencia de la obra de los dos Gracos, á quienes su madre lloraba académicamente en su espléndida *villa* del cabo Miseno, rodeada de personas notables, la dictadura militar y el imperio.—De hecho la República había muerto.

MARIUS.—*Yugurta*—«Al recibir el último de los Gracos el golpe mortal, arrojó polvo al cielo y de ese polvo nació Marius,» ha dicho el gran agitador de las primeras horas de la revolución francesa. Efectivamente, Cayus Marius (no tenía tercer nombre, cosa muy singular entre los romanos) estaba destinado á detener la reacción aristocrática y á continuar la revolución haciéndola entrar en el período de sangre. Era Mario (1) un hombre rudo é iletrado originario de una aldea en el país de Arpinum.—Después de haberse distinguido á las órdenes de Scipion en Numancia, como soldado lleno de bravura, capaz de hacerse adorar del soldado é impasible ante las fatigas más crueles, obtuvo, dos años después de la muerte de Cayo Graco, el tribunado.—Una ley contra las intrigas de los candidatos le enagenó á los nobles, su oposición á una distribución gratuita entre el pueblo, le valió la desconfianza de los demagogos y llevó una vida bastante oscura hasta que Metellus le llevó á Africa como lugarteniente.

Se trataba de vencer, en una lucha penosa por todo extremo y no poco aventurada, contra los ágiles y bravos numidas, acaudillados por un hombre extraordinario por su astucia y por su audacia, Yugurtha, al través de las intrincadas comarcas del Atlas ó cruzando los larguísimos y abrasados arenales numídicos á orillas del inmen-

(1) Como nuestros lectores habrán advertido, después de indicar una ó más veces el nombre latino de los personajes históricos de que nos ocupamos, para seguir la costumbre, usamos también del nombre españolizado.

so desierto que devora el corazón del Africa. Yugurtha era un nieto de Massinissa, y en él parecían haberse reencarnado las cualidades asombrosas de su abuelo. El sucesor de Massinissa, dividió el gran imperio numida entre sus dos hijos y Yugurtha. (118 a. J. C.) A poco este mató á uno de sus coherederos y obligó á huir de su reino al otro. Adherbal, así se llamaba al despojado, fué á Roma á presentar sus quejas, pero el oro de Yugurtha había entrado en campaña y la comisión pesquisidora que nombró el senado aumentó á expensas de Adherbal la parte del altivo numida en el imperio. Poco tiempo después Adherbal se veía obligado á refugiarse en Cirtha (la actual Constantina.) Volvió otra comisión de Roma, á cuyo frente estaba Scaurus, hombre de gran talento, pero corrompido, y que era la más alta ilustración de la reacción aristocrática; el oro de Yugurtha lo obligó á retirarse, Cirtha fué tomada y Adherbal asesinado. (112) En vano estalló en Roma una espantosa indignación: el nuevo cónsul vendió la paz y solo cuando estuvo colmada la medida se envió á un hombre suficientemente enérgico para obligar á Yugurtha á ir á defenderse á Roma. El audaz guerrero no vaciló en presentarse al pueblo, en donde los tribunos por él sobornados lo sacaron adelante: lleno de audacia hizo asesinar en la misma Roma á un nieto de Massinissa y cuentan que cuando arrojado por un decreto, salió de Roma, exclamó: «ciudad venal, un comprador es todo lo que te falta.»

La guerra empezó mal y en 109 las legiones se vieron obligadas á evacuar la Numidia después de haber pasado bajo el yugo. Entonces se hizo cargo de la campaña un austero y valiente patricio, Cecilius Metellus, que llevó consigo á Marius. Restableció la disciplina y comenzó á perseguir con tan buen

éxito á Yugurtha, que apoderándose de las principales plazas de la Numidia, obligó á su adversario á emprender la guerra de guerrillas. Fué esta penosísima, por los multiplicados accidentes de la región en que tenía lugar, entre las dos cordilleras paralelas del grande y pequeño Atlas, unidas entre sí por cordilleras transversales. Yugurtha deseaba la paz sin poderla obtener.

Por este tiempo Mario, quiso presentar su candidatura al consulado: el orgulloso Metelo se burló de la pretensión del plebeyo, diciéndole que sería tiempo de presentarse cuando el hijo de Metelo tuviera la edad. Profundamente herido en su amor propio, Mario, juró un odio mortal á su jefe y gracias al patrocinio de la facción popular obtuvo el consulado, é inmediatamente dió entrada en las legiones, en que hasta entonces solo habían servido ciudadanos, á los italianos y á los proletarios; revolución de gravísima trascendencia que iba á convertir á los soldados de la patria, en ciegos instrumentos de los generales afortunados.

Cuando Mario reemplazó á Metelo, Yugurtha, que se había refugiado entre los *gétulos* más allá del Atlas, había formado con estos hombres un numeroso ejército y aliado con su suegro Bocchus rey de la Mauritania, se presentaba más amenazador que nunca. Mario y su joven lugarteniente Sylla, de la noble familia de los Cornelios, se apoderaron de la plaza en que el numida guardaba sus tesoros y cuando ya no quedaba á los africanos, esperanza de vencer rempezaron á tratar con Bocchus. Sylla, se encargó personalmente de la negociación; el moro entregó á su yerno á quien Sylla condujo encadenado al través de todo su antiguo reino. La guerra estaba terminada; la provincia romana de Africa aumentada y el resto dejado en manos seguras. Yugurtha



después de figurar en el triunfo de Mario, fué arrojado en el *Tullianum* especie de pozo abierto en la roca del Capitolio: ahí murió de hambre.

*Los Cimbrios.* — Aunque Roma no gustaba de provocar á los habitantes de ese mundo inmenso y misterioso que bullia al N. de los Alpes, la necesidad de asegurar sus comunicaciones por tierra con España y Grecia, la forzaron á abrirse paso por entre los bárbaros. Las expediciones en los Alpes orientales, no sin grandes peligros y hasta desastres como el de un Catón el año de 114, tuvieron éxito completo; lo mismo sucedió con las dirigidas hácia los Alpes occidentales. Roma empezó por asegurar á los masaliotas el dominio de los terrenos que habían ocupado sobre los bárbaros y en una de estas expediciones fundó en un sitio ventajoso la colonia de *Aque Sextie* (Aix) luego siguió conquistando una gran parte del valle del Ródano hasta las orillas del Lemany desde el río hasta los Pirineos. Con toda esta comarca formó la provincia transalpina, con sus dos colonias de Aix y de Narbona *Narbo Martius* destinada á ser la rival de Marsella.

Algunos años hacia que un enjambre de hordas germánicas venidas de las orillas del Báltico, *los cimbrios*, (1) rondaban en derredor de los límites del imperio á lo largo del Danubio. Aquellos hombres blancos, altos, con grandes trenzas rubias y ojos azules y feroces, armados y vestidos como los celtas, pero en un estado salvaje quizá mas pronunciado, llevaban consigo una gran fortaleza ambulante (*Wagenburg*) y á sus familias en carros cubiertos de cue-

[1] Algunos antiguos siguiendo á Poseidonios de Apamea, contemporáneo de la invasión cimbrica, y otros sábios modernos han creído ver en los cimbrios una parte de la familia *Kimmeriana* cortada en dos por una invasión de los scitas. Esto no es exacto; los cimbrios, que tampoco pueden confundirse con los *Kymris* eran germanos y los invasores del Asia eran tracios.

ro y rodeados de perros educados para el combate, en busca de una patria. Aquella primera aparición de la raza germánica de que nos habla la historia, era una nación en marcha.

Al desembocar ese río humano en los Alpes Cárnicos arrollando á los celtas á su paso, el cónsul Carbon que los esperaba cerca de Aquilea, les ordenó retroceder. Así lo hicieron, después de destrozar á una parte del ejército de Carbon que les había puesto una emboscada. Abandonando entonces las regiones danubianas que habían assolado espantosamente, los cimbrios penetraron en la Galia por el Rin y los montes jurásicos, después de haber tratado con los helvecios. Otro cónsul, Silanus, quiso oponérseles, pero fué vencido y Roma empezó á recurrir á las grandes medidas para hacerse de hombres y recursos que oponer al torrente. En pos de los cimbrios se movieron también los *helvecios* hácia las Galias y una gran parte de ellos fueron á situarse á orillas del Garona, derrotando y matando al cónsul Longinus y á un número inmenso de romanos; á consecuencia de esta derrota se sublevó Tolosa. El nuevo cónsul Cepion, se apoderó de la ciudad rebelde saqueó el templo del dios celta Belen, en donde estaba depositado un inmenso botín de guerra y envió los tesoros á Roma, haciéndolos robar en el camino por sus agentes, para poder cubrir su fraude. Cepion y su colega recibieron por fin el choque de la invasión cimbrica á orillas del Ródano en *Arausi* (Orange) y fueron en dos batallas sucesivas, derrotados ó mas bien dicho exterminados por los bárbaros (105 a. J. C.). La Italia quedaba abierta á los invasores y en Roma se apelaba ya á las últimas extremidades; pero la corriente cimbrica se desvió una vez mas y después de haber matado á todos los prisioneros y precipitado en el Ródano todo el

botín de guerra, en cumplimiento de un voto hecho á sus dioses, los invasores devastándolo todo á su paso, atravesaron los Pirineos y fueron á medir sus armas con los celtíberos. Aquello fué la salvación de la República; Mario encargado de la guerra se situó en una excelente posición en la confluencia del Ródano y del Iser y esperó restableciendo la disciplina de las tropas, haciéndoles ejecutar gigantescos trabajos de canalización, habituándolos á pelear con los bárbaros y reformando el armamento y la táctica del ejército. Tres años esperó Mario, reelecto cónsul en cada uno de ellos, hasta que los cimbrios y los teutones rechazados por los españoles aparecieron resueltos á abrirse paso y penetrar en Italia. Mario inmóvil vió desfilar durante seis días aquellas hordas feroces y luego las fué siguiendo hasta que cerca de la nueva colonia de Aix se dió la batalla; los bárbaros hicieron prodigios de valor, pero la disciplina de los romanos y la inteligencia de su jefe se sobrepusieron al fin y fueron completamente vencidos. Sus pérdidas fueron tales que, según Plutarco, las tierras abonadas con la sangre y los cadáveres fueron de entonces fertilísimas. Cuando Mario rodeado de toda la pompa sacerdotal iba á ofrecer á los dioses un sacrificio solemne en acción de gracias por la victoria, supo que había sido electo cónsul por la quinta vez. Un inmenso grito de júbilo resonó en todo el ejército, los soldados saludaban el advenimiento de la era de los gobiernos militares, prólogo de la monarquía.

La invasión bárbara se había dividido en dos corrientes; una, la de los teutones, era la que había encontrado á Mario; la otra, la de los cimbrios propiamente dichos, repasó con los helvecios el Rin, y atravesando los Alpes por la garganta de Brenner, bajó al valle del Adiga. El cónsul Cátulo, con un

ejército espantado, se vió obligado á retroceder hasta más acá del Pó. Ahí se le unió Mario, y la batalla se dió en Verceil. (101). El sol ardiente de la Italia derretía aquellos cuerpos hechos á los frios hiperbóreos, y agotaba sus fuerzas. Los romanos hicieron una horrenda carnicería, y los que sobrevivieron al combate, las mujeres sobre todo, se suicidaban ahorcándose en los árboles ó en los timones de sus carros. De cerca de un millón de hombres que habían abandonado el Báltico para marchar al Mediodía, solo quedaban algunos millares de cautivos para decorar el triunfo de Mario.

*Los reformadores.* — *La guerra social.* — En aquel victorioso campesino vieron los demagogos un jefe. Sin embargo, la sucesión de los acontecimientos probó que aquel excelente capitán tan bravo, tan sencillo, de tan austera conducta y tan inteligente reformador del ejército, era un pobrísimos político. Su intervención en la revolución fué siempre vacilante y torpe, cuando no brutal. No tenía un ideal, sino un odio: la nobleza, y esta circunstancia negativa, le obligó á pactar con los demagogos. La facción popular estaba entonces dirigida por el insignificante Glauco y por Saturninus, hombre de un temperamento esencialmente revolucionario, pero de buena fé. Conviniere para desarrollar su programa, que era el desarrollo del de Cayo Graco, en que Mario se haría nombrar otra vez cónsul, tribuno Saturnino y Glauco pretor; si no el voto espontáneo, si la presión ejercida sobre los comicios por los viejos soldados de Mario, realizó el plan, no sin una oposición terrible. Desde luego pusieron los vencedores manos á la obra, y Saturnino propuso una ley agraria y de colonización en que se ordenaba la repartición entre los proletarios y los soldados de Mario de



una parte de la provincia de Africa y de todo el país recorrido por los cimbrios en la transpadana y la compra de otras tierras en Sicilia y en Grecia, para repartirlas también; Mario quedaba encargado de esta distribución y de dar á tres extranjeros en cada colonia el derecho de ciudad. Esto era declararlo monarca. Los senadores, exceptuando Metelo, que se desterró, se vieron obligados á jurar aquella ley.

Marius parecía satisfecho y dejaba obrar á Saturninus y á Glaucio. El primero hizo nombrar cónsul á un hijo supuesto de Tiberio Graco, y mandó matar á uno de sus competidores. Los nobles obligaron á Mario á desenvainar la espada contra sus cómplices, y Saturnino, que se había apoderado del Capitolio con sus bandas, pereció, lo mismo que Glaucio. Viendo poco después, Mario, que todo el mundo lo había abandonado, se desterró.

Todo parecía augurar una era de paz; las últimas tentativas de los demagogos habían espantado no solo á la aristocracia, sino á los ricos y se habían unido los dos órdenes contra aquel proletariado ávido y voluble, bueno para destruir pero incapaz de edificar nada; como siempre sucede y sucederá, el temor de la anarquía unió á los partidos conservadores. Mientras esta unión auguraba el fin de las luchas interiores, las armas de la República se cubrían de gloria en España con Didio y Craso y uno de los Ptolomeos, dejaba en herencia á Roma la fértil Cirenaica. Con todo un sordo y prolongado clamor de los pueblos italianos podía hacer prever la tormenta. Los romanos á pesar de haber concedido el derecho de ciudadanía á varias ciudades italianas, de hecho los confundían á todos en el mismo desprecio y el mismo tratamiento cruel. Pero además de esto, la injustificable distinción entre los italianos ciudadanos de

Roma y los que no lo eran, distinción que se hacía más sensible en la cuestión de intereses, puesto que mientras el romano podía ser propietario, el italiano no podía ser considerado así, ni sus nupcias se tenían como legítimas, ni sus contratos eran origen de derechos y deberes perfectos, estimulaba constantemente á aquellos hombres que deramaban por todo el mundo su sangre en defensa de Roma, á obtener de grado ó por fuerza el derecho de ciudadanía. Este había sido el caballo de batalla de todos los agitadores de Roma y cada una de aquellas luchas en el centro de la ciudad resucitaba las esperanzas de aquellos desheredados ó encendía en sus pechos un odio implacable cuando venida la reacción, eran arrojados ignominiosamente de Roma.

Por estos tiempos tuvo lugar una gran tentativa con el objeto antes indicado y, cosa singular, partió de las filas de la nobleza. Livio Druso, hijo del grande enemigo de Cayo Graco, fué el héroe de este interesante episodio de las conmociones intestinas de Roma. Quiso aliar al pueblo y al Senado en contra de la aristocracia de los ricos, de los caballeros, para quitarles el arma de los juicios y del conocimiento en materia de concusiones, con lo que aseguraban la impunidad de sus agentes que exprimían inexorablemente las provincias. Las reformas propuestas por este hombre extraordinario, tendían á colonizar una parte de la Campania y de la Sicilia, á aumentar las distribuciones de la *annona*, á privar del poder judicial á los caballeros y lo que era más grave, á dar á los aliados italianos el derecho de ciudad. Los caballeros lucharon á brazo partido contra el reformador y el Senado lo rodeaba de simpatías pero vacilaba en seguirlo; entonces Druso, formó, á juzgar por un fragmento de Diódoro recientemente

descubierto, una asociación secreta de mútua defensa entre él y los italianos que se ligaban con solemnes juramentos. Los caballeros lo hicieron asesinar y aprovechándose del estupor general, hicieron derogar sus leyes por el Senado y obligaron al pueblo á decidir que sería desterrado todo el que hubiese favorecido á los aliados y á todo italiano que se mezclase en los negocios de Roma.

Los italianos contestaron á esta ley con una insurrección que conmovió toda la Italia central y meridional. Se conoce esta lucha con el nombre de *guerra social*. El incendio estalló en Ausculum con el asesinato de todos los romanos que ahí habitaban y se trasmitió en el acto á los países marsos y sabelios. Los insurrectos eligieron por capital á Corfinum, que se llamó Italia (*Vitelia* decían los samnitas) y allí establecieron su Senado, sus cónsules, etc. Los primeros cónsules fueron un bravo y entendido amigo de Mario y de Druso *Popedius Silon* y el samnita *Papius Motulus*. Empezaron sitiando á varias ciudades y tratando de sublevar ó de apoderarse de las más importantes de la Ombria, la Etruria, la Campania y la Gran Grecia, que permanecieron fieles á Roma. El primer año de la guerra los acontecimientos militares fueron en su mayor parte desfavorables á los romanos cuyos generales fueron vencidos ó muertos y la insurrección alentada con el suceso cundía ya por la Ombria y entraba en arreglos con Mithridates, el célebre rey del Ponto, á quien la república acababa de declarar la guerra. En Roma el desaliento fué extremado y bajo esta impresión, á pesar de haber rechazado con tanta altivez las solicitudes de los italianos al principio de la guerra, se comprendió que el momento de ceder había llegado y se dió el derecho de ciudadanía á to-

das las ciudades italianas fieles ó que se sometieran. Esta hábil política desarrolló la insurrección. El segundo año las cosas cambiaron de aspecto. Entonces empezó á ocupar el primer lugar en la escena el antiguo lugarteniente de Mario, Sylva, que desde la alianza de su jefe con los demagogos, le había jurado un odio implacable. Mario mismo figuró en la lucha, batiéndose siempre con habilidad, pero flojamente como que la mayor parte de sus amigos estaban entre los insurrectos. Otro general, Pompeyo, se apoderó de Ausculum, en donde se dió muerte Judacilus, uno de los caudillos más populares de la revuelta. Mientras los marsos, los pelignios, los vestinos se sometían, Metelo reducía la Apulia y Sylva reconquistaba la Campania y daba á la insurrección mortales golpes en el Samnium. (89) La guerra social estaba casi terminada y resistían apenas algunas bandas en el Samnium y en Lucania y algunas ciudades como Nola, gracias á las leyes que dieron el derecho de ciudadanía á los italianos (leyes Julia y Plautia-Papiria) y á la hábil moderación con que los romanos habían usado de la victoria.

*La guerra civil.—Mithridates.*—Es verdad que los italianos eran desde entonces miembros de la ciudad, pero no sin condiciones. En primer lugar debían ir todos á Roma á inscribirse, lo que solo fué posible á los ricos y á los vagabundos, por lo que solo se registraron ménos de cien mil italianos y estos, decepcion mayor todavía, no fueron repartidos en las antiguas tribus sino que se crearon ocho ó diez tribus nuevas, que votaban en último lugar, lo que mantenía la preponderancia de los antiguos ciudadanos. Además, las prerrogativas civiles inherentes al *jus civitatis* si bien trasformaban de derecho el modo de ser de los italianos, de hecho